

Hacia un nuevo proyecto de universidad

Martha Barriga Tello
Departamento Académico de Arte

Desde su creación el 12 de mayo de 1551 como universidad promotora en América, hasta el final del siglo XX, la Universidad Nacional Mayor de San Marcos ha experimentado avances y retrocesos en sus propuestas académicas, en ocasiones por agentes externos que la mutilaron, en otras por agentes internos que la incomprendieron. Queremos hacer notar lo que significa la propuesta que hemos recibido de pensar en San Marcos de cara al "próximo milenio". Preferimos reducirnos a pensarla ante el nuevo siglo. Para la Decana de América es solamente otro siglo, de los cuatro que ya transcurrió. Cuatro veces ha debido detenerse a considerar su participación en el ámbito cultural del país, cuatro veces a evaluar la actividad realizada y cuatro veces a ponerse metas a largo y mediano plazo. Me pregunto si en estos significativos momentos San Marcos fue consciente de que la evaluación de las tareas pasadas y sus propósitos para las futuras, estaban entrañablemente ligadas a las del país y que, siendo loables sus esfuerzos, hay un sino que la ata a la tierra y a sus circunstancias. Si no fue consciente de sus vínculos nacionales, la realidad tuvo que recordarle que su historia la compromete al compañero de viaje que es el Perú. La compromete en tanto en ella se reflejan, y en ocasiones se anticipan, los hechos que lo conmueven o que lo ayudan a enfrentar sus recurrentes crisis, y que tanto San Marcos como el Perú, en ocasiones duda de sí misma. Cuando digo San Marcos y el Perú no me refiero a instituciones, me refiero a individuos, a los individuos que los configuramos. San Marcos como el Perú somos todos y cada uno. Pero refirámonos solamente a la Universidad. Nada de ella se excluye de nosotros, ella es el marco en el que nos inscribimos como intelectuales y el aspecto que de nosotros se observa.

El advenimiento de un nuevo siglo es, finalmente, una convención temporal que no significará otra cosa que eso, el transcurso natural del tiempo. San Marcos, al margen de él, debe prepararse para enfrentar sin miedo y con audacia, los retos derivados de la situación socio-política del país y aquellos producto de los rápidos cambios que experimenta el mundo. Errar por exceso siempre ha sido mejor que hacerlo por inacción. No debe temerse a plantear soluciones radicales a problemas evidentes. En una universidad como la nuestra el direccionismo externo es epidémico, no anula la irreductible voluntad de pensar, de reformular objetivos, de especular, de opinar libre y conscientemente en cuanto sustento de la dignidad humana y del avance científico. Por eso como docentes nuestro compromiso con la universidad como institución implica el que tenemos con sus alumnos. Deberíamos añadir que el compromiso de la universidad es el que fundamentalmente tiene con sus docentes, pilares insustituibles, sin los cuales no existiría como promotora de conocimiento. Pero sería ocioso llamar la atención sobre ello ahora. Los alumnos, sin embargo, si constituyen la razón del trabajo de los docentes y de su permanente e indesmayable vocación, ajena a vicisitudes y controversias. En este sentido propondré, muy sucintamente, mis reflexiones a instancias de algunas experiencias recientes.

En primer lugar debo referirme al *nivel formativo promedio con el que acceden los alumnos a la universidad*. Tal como experiencias recientes confirman, en el desempeño de los alumnos se presenta una grave situación que cada vez se hace más notoria: la falta de curiosidad, del deseo de aprender, de responderse seriamente a cuestionamientos. Esto forma parte de una actitud a favor del conocimiento que no es incentivada desde la escuela y que la universidad tendrá que asumir. Deberá ofrecerse al alumno, desde su ingreso a la universidad, mayores y mejores oportunidades de obtener una cultura humanística a través de actividades extracurriculares que lo pongan en contacto con las diversas manifestaciones del arte y la cultura del país y del mundo, así como con los avances científicos que logren inquietar su curiosidad. Nuestra facultad está en condiciones de organizar ciclos de actividades que permitan quebrar la rutina y presentar otros aspectos del ámbito académico cultural, no solamente ligados a los cursos, en los ambientes de la facultad y como resultado de un proyecto sostenido programado por un equipo docente-administrativo, dedicado exclusivamente a esta actividad formativa-básica. Debe incentivarse la capacidad del alumno por inquirir, fomentar el intercambio interfacultativo con programaciones combinadas, que lo pongan en contacto con otros puntos de vista y otros objetivos. Una experiencia

altamente positiva de décadas anteriores fue la posibilidad de llevar cursos en otras facultades junto con alumnos de las especialidades a que pertenecían los cursos, fructífera costumbre que se abandonó por consideraciones administrativas. Es altamente perjudicial aceptar la preeminencia de lo administrativo sobre lo académico. Actualmente, que escuchamos ponderar el trabajo interdisciplinario, debemos recordar que gran parte de la responsabilidad de que se haya perdido la saludable costumbre de investigaciones multidisciplinarias fue la de obligar el dictado para nuestros alumnos de cursos de otras especialidades en grupos específicos. Los cursos de otras especialidades deben llevarse allí donde se imparten, para fomentar el intercambio de conocimientos, la socialización con los especialistas y, ciertamente, que se dicten con el rigor suficiente.

Una segunda preocupación es que *los estudiantes demuestran bajo nivel de compromiso y de participación*: Una de las causas es la incertidumbre es resultado del desequilibrio entre oferta y demanda en el campo laboral de las especialidades humanísticas, lo que se manifiesta en la presión sobre el alumno tanto desde el ámbito familiar como desde el personal. Ellos muchas veces se ven obligados a trabajar y a estudiar. Existen razones económicas obvias para ello, pero también es cierto que la fuerte competencia obliga a abrirse un espacio pronto. Esto genera un círculo vicioso de insatisfacción. Los alumnos cumplen mal ambas actividades, como consecuencia de la dedicación a una u otra. Finalmente las dos se ven perjudicadas y, al centro, tenemos al alumno desanimado y deprimido por su mediocre desempeño. Pierde confianza en sí mismo y termina por abandonar uno de los dos. Con frecuencia opta por la deserción académica. En el proceso el alumno no se integró a la universidad y constituyó un elemento perturbador para el conjunto. La universidad puede colaborar con ellos. No pueden superarse las razones económicas serias, pero sí puede apoyarse el esfuerzo y premiar la competencia buscando los mecanismos para establecer convenios de puestos de trabajo con instituciones. La universidad no incentiva a sus alumnos porque no premia la excelencia. Es positivo un sistema de reconocimiento a quienes demuestran altas y creativas condiciones académicas y de investigación. Estos alumnos deben ser apoyados ejercitando sus cualidades en Ayudantías y propiciando su mejor desempeño profesional a través de nexos con instituciones internacionales que les permitan realizar estudios de perfeccionamiento con becas de tiempo variable y en campos específicos, canalizados por la misma universidad que tiene la experiencia y los contactos para permitir un mejor y más expeditivo trámite. Otro sistema es el de los diplomas de estudio en aspectos

puntuales de nuestras especialidades, dirigidos a aspectos específicos de aplicación con apoyo de las mismas empresas o instituciones que requerirían de estos profesionales. En el campo de la Historia del Arte hace más de tres años que presentamos el proyecto para el Diploma o Segunda Especialidad de Conservación y Restauración de Bienes Muebles y otros, más antiguos en Museología y Musicología, para responder a necesidades crecientes del medio. En este lapso otras instituciones acogieron proyectos similares con singular éxito, habida cuenta del alto costo de los mismos. San Marcos está perdiendo esta fuente segura de ingreso además de estarse marginando como universidad atenta a las inquietudes del país en lo referente a su patrimonio cultural.

Otro aspecto reciente y álgido es *la masificación*. El incremento inconsulto del número de ingresantes no consideró recursos humanos para atenderlos ni ambientes físicos para recibirlos. Aceptada la decisión, tampoco se ha demostrado voluntad interna para solucionar los problemas derivados. Adicionalmente de lo que ha significado para el personal docente y administrativo de la facultad de Letras y Ciencias Humanas salir al encuentro de soluciones, hay un aspecto que se ha descuidado. El de los usuarios. Creadas las expectativas, de todo punto especulativas e irresponsables, el alumno se encontró con ambientes insuficientes y muchas veces inexistentes y con ajustes de última hora para cubrir las plazas docentes, también insuficientes y frecuentemente inexistentes. Finalmente no tendrán la certeza de haberse preparado adecuadamente. Hay un aspecto aún más grave. Las condiciones de estudio inducen actitudes para el mismo. Salones hacinados propician sentimientos de opresión y de exclusión. El estudiante interpreta que se improvisa y que, en última instancia, es una carga para la institución, en consecuencia, tiende a marginarse y a no participar. Esta situación no la hemos generado en la universidad, pero a nosotros nos toca aplicar mecanismos imaginativos para, por lo menos, paliarla. Las actividades de campo es uno de ellos. Otra es permitir el uso de ambientes amplios y abiertos en los que los estudiantes puedan reunirse a intercambiar ideas y estudiar, en los que se sienta cómodo y acogido. Actualmente esta función la cumplen ambientes fuera de la facultad. Paralelamente y en relación con ello, debe fomentarse el autoaprendizaje que permita cubrir las expectativas de conocimiento. Aparejada a las actividades extracurriculares, esta propuesta apunta también al uso de los recursos informáticos y al equipamiento de las bibliotecas, tanto como a permitir la libre discusión en clase y a un sistema de evaluación sustentado en la reflexión, antes que en la repetición de información. En ello debe incidirse porque es el sustento de

la mejora de la calidad académica con el que todos deberemos estar comprometidos, tal como fue propuesto por el Decano de la Facultad de Letras como meta este año.

Aquí propondré un último punto que asume los anteriores y sobre todo lo último mencionado: la *urgencia de restablecer la conciencia crítica y la postura ética*. Este esfuerzo debe ser coherente con el que se realice en los niveles de educación básica. Nos engañamos si pensamos que podremos sortear la actual crisis en la educación en el país, la deserción escolar, las reformas educativas paliativas de problemas mayores y más profundos, el abandono del maestro. Debemos ser conscientes que nuestros planteamientos para San Marcos en el próximo siglo no serán para ser aplicados a los actuales alumnos, que debieron generar recursos psicológicos de protección ante la situación de violencia extrema que vivió el Perú, sino para aquellos fruto de la falta de oportunidades y de la crisis de valores. Como institución decana, de largas y contradictorias experiencias, San Marcos está en la obligación de exponer abierta y libremente sus puntos de vista respecto al modo de conducirnos. La libertad de pensamiento, la capacidad de razonar críticamente, como paso primordial de la especulación teórica, es indispensable para lograr profesionales conscientes y creativos, abiertos a mejorar las estructuras que conducen al ejercicio profesional efectivo y eficiente, atento a las necesidades del país y de sus habitantes, con preocupación humanística y social, por la que estén listos a aplicar todas las posibilidades de su inteligencia. Permítase al alumno el debate y la discrepancia. Que sustente sus puntos de vista, que los defienda. No propiciemos mentes sumisas y consecuentes, convertidas en repetidoras, sin voluntad de perfeccionamiento. Lo contrario puede parecer más cómodo, más fácilmente manejable, pero estamos aniquilando la capacidad de los jóvenes de ver más claro y, finalmente, de decidir sobre el mundo que heredarán pronto, bajo nuevas condiciones y no bajo las nuestras. De cualquiera de las opciones seremos responsables. Procuremos que se conozcan a sí mismos abriendo ventanas al conocimiento múltiple, variado y atractivo, facilitemosles los mecanismos que la realidad circundante quiere negarles.

Por otra parte vivimos en una sociedad que progresivamente está perdiendo el respeto de los valores mínimos de humanidad. Se aduce que el vertiginoso ritmo cotidiano y la denodada lucha por sobrevivir, ha hecho que olvidemos el respeto al otro y que en este momento es válido cualquier mecanismo que garantice el bienestar individual. Probablemente será difícil inducir normas y pautas éticas a jóvenes que observan el atropello cotidiano

y la indiferencia por sus consecuencias. Hay una sólida corriente académica entre las universidades del Perú que introduciendo el curso de Etica, descartado por inútil anteriormente, pretenden salir al encuentro del caos. Sin embargo, en cuanto no internalicemos y conduzcamos nuestras vidas éticamente ¿cuántos cursos deberán impartirse? ¿Puede finalmente un curso modificar el conocimiento empírico? ¿Qué relación hay entre lo que se enseña y lo que se practica? Este es un punto que requiere un análisis profundo y sincero. Debemos volver a nosotros mismos e indagar en qué medida somos consecuentes con los principios éticos mínimos y en qué medida los hemos olvidado. El pensamiento crítico, para ser válido en cuanto objetivo, tiene que basarse en la postura ética ante la vida, debe responder a nuestra condición de seres humanos.

Mis reflexiones no se orientan ambiciosamente a considerar grandes proyectos para el siglo XXI, menos aún para el próximo milenio. Por mi experiencia histórica no creo en la significación de un hecho que no pasa de lo circunstancial. Aceptar que entraremos a un nuevo siglo no representará cambio radical alguno por sí mismo. Debemos solucionar problemas inmediatos si queremos afrontar el rápido cambio mundial, el avance tecnológico y la presión que ejerce la globalización. Tenemos que enfrentarnos creativamente a la comprobación de las cada vez más escasas oportunidades para las disciplinas humanísticas. Lo que no deja de ser un contrasentido, toda vez que es, precisamente, por el abandono de la reflexión humanística, que se han perdido los valores y se ha permitido que se albergue con derecho la indiferencia y la prepotencia. Habernos olvidado del otro como ser humano nos hace retroceder temporalmente, aunque el calendario nos contradiga. Es al ser humano creativo, constructivamente crítico y atento al que debemos recuperar en San Marcos. Rescatar la capacidad de escuchar, aprobar o disentir permite el avance, todo lo demás es inútil y vacío. Yo insisto en mi confianza en los sanmarquinos, en su fuerza de voluntad y en su orgullo centenario. Quiero creer que tal como se erigió en siglos pasados, también hoy San Marcos puede liderar y representar la recuperación científico-humanista, así como un cambio de timón en la pendiente prioritariamente tecnológica e indiferente del pensamiento en el Perú contemporáneo.